



A CINCO SIGLOS
DE PROFUNDIDAD

J. P. Muler

A CINCO SIGLOS
DE PROFUNDIDAD



Primera edición: enero de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J. P. Muler

ISBN: 978-84-10082-54-0

ISBN digital: 978-84-10082-55-7

Depósito legal: M-35711-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi preciosa Turquesa

Espero y deseo que disfrute de una lectura rápida, vívida y entretenida, pero sobre todo, le pido que, en lugar de leer por leer, dedique unos instantes a imaginar cada una de las situaciones que se describen, estoy totalmente seguro de que los detalles y las descripciones de cada escena le permitirán dar rienda suelta a su imaginación. Créame, disfrutará cada momento como si lo estuviera viviendo en primera persona.

Muchas gracias, de todo corazón espero que lo disfrute.

J. P. MULER

PRÓLOGO

En los albores del siglo XVI, concretamente el 11 de julio de 1502, zarpó del Puerto de Santo Domingo en el Caribe, una flota perteneciente a la armada española compuesta por un total de treinta navíos.

La flota estaba comandada por el comendador de la Orden de Calatrava, Francisco de Bobadilla, con el encargo de custodiar una más que considerable carga de oro procedente de las minas de la isla de La Española.

La isla de La Española, hoy en día aún los estados soberanos de la República Dominicana y de Haití.

En su galeón, Francisco de Bobadilla custodiaba con especial interés una enorme pepita de oro que, tal y como se detalla en el Archivo de Indias: «era más grande que una hogaza de pan de Utrera».

Tales archivos describen cómo Bobadilla ponía rumbo de regreso a España en el preciso instante en que Cristóbal Colón, agotado y enfermo debido a las penosas condiciones del que sería su último viaje, entraba por la bocana del puerto.

Este, a pesar de que el comendador fuera el responsable de haber enviado a Colón a España encadenado y acusado de malversar el oro de Su Majestad, advirtió al comendador de la proximidad de una tormenta tropical que pondría en peligro a la flota que ya desplegaba el velamen haciendo caso omiso de la advertencia del almirante.

Nunca más se supo de los treinta galeones españoles ni, consecuentemente, de uno de los cargamentos de oro más considerables de la historia de las Indias.

1

Tras una hora sudando al arranque de la tarde mientras atravesaban la selva tropical, llegaron a un escueto claro donde los tres *jeep* Wrangler decorados con motivos de vivos colores y un lema que rezaba «HÁ-TICUMÁ, la emoción de vivir», aparcaron en batería diagonal uno al lado de otro, como si estuvieran en unos grandes almacenes en vez de en medio de la selva en un islote perdido en el océano.

Del primer vehículo descendió un matrimonio con su hijo de once años, turistas americanos de Atlanta, a quienes les acompañaba Lucas, uno de los guías que lucía rastas pero... con gracia, por decirlo así, eran rastas bien cuidadas y hasta con gusto; del segundo se apearon una pareja de recién casados y el otro guía, Diego, este con coleta que al igual que su compañero vestía uniforme a base de polo de manga corta azulón con el logotipo de la empresa y pantalón corto beige; y finalmente, del tercero bajaron un chico de unos veinticinco años, alto, guapo y pijo, se notaba que quería aparentar más de lo que realmente era, así como una chica preciosa algo más joven que parecía la gemela de Meg Ryan, a esa edad, claro. En este último vehículo además se cargaban las diferentes neveras y aperos para la excursión.

Sendos guías cargaron sobre sí todos los bártulos y en todo momento con una alegre sonrisa en el rostro invitaron al grupo a seguirles, no sin antes entregarles a cada uno una botellita de agua fría. Lucas abría camino a machetazo limpio mientras Diego cerraba la formación. El más joven de la expedición seguía a Lu-

cas sintiéndose todo un aventurero de película, un explorador con grandes hazañas que contar a sus amigos del cole. Para sus padres, verle tan feliz en tamaña experiencia, convertía el viaje en un rotundo éxito. A continuación, apretaban el ritmo los recién casados y finalmente la otra pareja. Que estos habían estado liados... sin duda, que ahora se estorbaban, su silencio lo gritaba a voces. Él trataba de copiar la actitud del recién casado, pero su receptora no recibía los mensajes, valga la redundancia, o más bien, no quería recibirlos. Los repetidos fracasos del joven dibujaban socarronas sonrisas en la cara del último de la formación.

La marcha duró algo más de veinte minutos, no por la lejanía, sino por la dificultad de acceso a los diferentes niveles de elevación del terreno y rocas, trayecto que el primer guía trató de amenizar explicando las variedades de animales que podrían encontrar, haciendo especial hincapié en las serpientes y arañas y, como era habitual, todo el mundo pegó los brazos al cuerpo y abrieron los ojos como si quisieran sacarse los glóbulos oculares de las cuencas.

Tranquilizó a la concurrencia explicándoles que había una variedad de árbol única en el mundo y que jamás verían nada igual en ningún lugar, señalando uno de los árboles de su alrededor, pero ninguno pudo discernir qué los hacía especiales o únicos; al poco, Lucas les indicó que habían llegado a su primer destino.

Todos se habían hecho a la idea de que verían algo impresionante, fascinante, incluso en el hotel les habían dicho que era algo cautivador, pero solo se veía un considerable montículo con un agujero en lo más alto de unos cuatro metros de diámetro; no hubo expresiones de «hala» o «alucinante», ni nada por el estilo. Los siempre sonrientes guías les instaron a quedarse en traje de baño incrementando así las expectativas de la concurrencia mientras ellos hacían acopio de la carga en un único lugar. A media distancia hasta el hueco había un tocón con una cuerda atada, aunque dado su grosor parecía más el cabo de un buque, que se extendía hasta el hueco por el que descendía. Ellos fueron tirando del cabo y lo fueron enrollando alrededor del tocón. A continuación amarraron

una larga escalera de cuerda y madera que llevaron hasta el agujero y la dejaron caer desenrollándose hasta tocar el agua.

Lucas descendió por ella e instó al grupo a seguirle de uno en uno, no sin antes advertirles que, una vez en el agua, no se alejaran de la escalerilla, pues no había donde apoyarse a descansar. Para sorpresa de todos, el jovencito se abalanzó y casi pisó la mano de Lucas; poco a poco todos fueron descendiendo excepto Diego, que se quedó en el exterior.

Es innegable que este planeta tiene lugares maravillosos, de ensueño, cautivadores como habían predicho, pues efectivamente este lugar era uno de ellos, pero para poder apreciar tal contraste de luz y color, era imprescindible verlo «desde el interior».

Al final de la escalera descubrías una laguna de color azul turquesa de un agua pura y cristalina iluminada por un enorme haz de luz perfectamente definido que entraba por el hueco que contrastaba con el todo y la nada, la cegadora luz solar y la inquietante oscuridad cuya negrura impedía ver los límites de la bóveda que, como mínimo, debía tener 30 metros de diámetro si no más. Cuanto más lejos del haz de luz la oscuridad se hacía más severa y metro a metro se apoderaba de ella hasta lograr ocultar todos sus secretos.

Ahora sí llegaron los gritos de asombro, emoción y entusiasmo, era como ver un ojo gigante que te iluminaba hasta lo más profundo del alma. El eco, el sonido del agua y los chapoteos desentonaban con la majestuosidad del lugar. Los enamorados se estaban besando abrazados en el agua, el padre hacía fotos y vídeos desde un extremo del haz de luz mientras la madre vigilaba al pequeño que chapoteaba feliz hasta que llegó al extremo iluminado y armándose de valor se aventuró un par de metros hacia la oscuridad, se giró y vio a su madre atenta a sus movimientos, así que nuevamente se envalentonó y en contadas brazadas se encontró casi a oscuras, tomó aire y abrió los ojos mirando hacia la negrura, instante en que observó un par de brillantes ojos blancos que lo contemplaban fijamente, un rubor interno le recorrió el cuerpo con la rapidez de

un calambre profiriendo un agudo chillido y chapoteando sumido en absoluto pánico alertando a todo el grupo; la primera en llegar en apenas unos segundos fue la joven que eludía a su presunto acompañante, Eva. Como si fuera una experimentada socorrista le llevó hasta la escalerilla donde Lucas alzó al niño a pulso hasta que apoyó sus pies en el primer peldaño, el cual subió la escalerilla con la agilidad de un chimpancé, mucho más lentamente el grupo entero fue saliendo a la superficie.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —le preguntó su madre mientras todo el equipo permanecía expectante ante la respuesta del jovencito que aún aspiraba mocos por la nariz del susto.

—Me he asustado —respondió.

—Bueno, eso ya lo hemos visto cariño, pero ¿de qué?

—Es que no me vais a creer —le susurró al oído a su madre.

—¿Cómo no te vamos a creer cariño mío?, ¿es que te ha atacado algo? —replicó su madre en voz alta.

—Unos ojos. Unos ojos que brillaban como dos linternas me estaban mirando —se abrazó rápidamente a su madre ocultando la cara en su cuello.

Lucas y Diego cruzaron una rápida mirada y rompieron la expectación de los acontecimientos instando a todos a seguirles y descubrir lo que definieron con plena certeza como las mejores vistas de la isla desde donde podrían disfrutar de un rico tentempié y unas bebidas frías.

Diego retiró la escalerilla y desdobló el cabo a falta de una vuelta completa al tocón y lo lanzó por la boca de la caverna.

La opinión del grupo era unánime, el lugar era imponente y cautivador, pero no disponer de una roca sobre la que descansar le obligaba a uno a depender totalmente de la escalerilla, lo que era un poco agobiante, así que la opinión pasó a convertirse en crítica que derivó en un deprimente resumen que rezaba: «un lindo baño, una espectacular foto y ahora a otra cosa», vomitado de la boca de la recién casada, habiendo tenido la oportunidad de observar con sus propios ojos un maravilloso regalo de la naturaleza y no

habiendo sido capaz de valorarlo. «¡Qué lástima! Y encima pretenderás que la cueva te muestre sus secretos más ocultos, ¡pero si no podrías apreciarlo ni en un millón de años!», se dijo Lucas para sí refiriéndose a la recién casada, sin perder su habitual sonrisa en la cara, aunque tal mueca facial no era cinismo, era desdén.

En esos instantes alcanzaron un rellano que daba a un corte en la roca que cubría la práctica totalidad de la isla. Tanto Lucas como Diego siempre se quedaban mirando las caras de los excursionistas cuando veían por primera vez tan fastuosas vistas, a veces incluso grababan sus caras de incredulidad ensalzadas con grititos y exclamaciones y luego se las enseñaban, esas caras de impresión formaban el principal reclamo del vídeo promocional de la Agencia de Turismo HÁ-TICUMÁ. Mirar hacia atrás suponía rodearse de un cúmulo de verdes intensos, marrones y vivos colores propios de la naturaleza en estado puro, sonidos de pájaros y solo Dios sabe cuántos otros animales observando camuflados entre la espesura. Mirar hacia delante era como si la isla entera se pusiera a tus pies, y literalmente era así, y como colofón de fondo, la inmensidad del océano bañando las paradisíacas playas con la suave espuma de las olas. Uno podría estar horas contemplando el infinito hipnotizado, ensimismado, totalmente cautivado por ese lugar que parecía un sueño idílico donde cualquier civilización carecía de sentido.

Los guías desplegaron unas mesitas portátiles y sobre ellas montaron una amplia variedad de comida, frutas exóticas, jamón cocido, pavo braseado, quesos, una ensalada de pasta, tortilla española, diferentes tipos de pan, así como bebidas de todo tipo. Quedaba claro que eran auténticos maestros organizando mochilas. Mientras tanto los excursionistas no pararon de hacer fotografías, *selfies*, panorámicas y vídeos.

Eva fue la primera en prepararse un plato con un amplio surtido de manjares, cogió una botellita de agua y se sentó en una roca a disfrutar de las vistas mientras daba buena cuenta de su plato. No tardó mucho en aparecer su compañero, quien se sentó a su lado y sin mediar palabra comenzó a comer sin darse por aludido ante la

pasividad que le brindó ella haciendo honor al refranero español, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

—¿Ya no quieres saber nada de mí? —se decidió a preguntarle.

—Pues va a ser que no —sentenció Eva sin vacilación.

—¿Tan terrible soy?

—Dejando al margen que te pases el día desnudando con la mirada a toda chica que se te cruza por delante, es que no te soporto, no sé qué haces aquí, solo verte me ataca los nervios.

—Yo no voy desnudando a nadie.

—Soy mujer, más lista e inteligente que tú y solo con mirarte sé en qué estás pensando.

—Bueno, tienes razón —pensó que si aceptaba sus críticas igual le perdonaba—, quizá he sido un poco desconsiderado al mirar ocasionalmente a alguna chica pero... ya que estamos en este mágico lugar, ¿por qué no aprovecharlo? —acentuando el comentario con una sonrisa complaciente que rezaba: «venga, tontona, que no es para tanto».

—Tú... ¡tú eres tonto! —Eva se levantó y tras dejar su botella de agua vacía y su plato sobre la mesa portátil, se fue por el camino de regreso.

—Señorita, por favor, no se aleje demasiado —le rogó el guía.

—No se preocupe, tampoco hay muchos lugares a donde ir en este islote —respondió la aludida sin girarse, continuando sola por el camino que llevaba al montículo, trayecto que pasó destripando con la mente a ese anormal que no lograba quitarse de encima, al llegar al montículo, lo rodeó sin dejar de mirar el agujero.

Eva se alejó del grupo caminando, dejándoles en el improvisado campamento decorado con las mejores vistas de la isla, se dirigió hacia el coche con la intención de largarse y dejarles a todos ahí, realmente eso es lo que más le apetecía, disfrutar de ese paradisíaco lugar «solá». Pensó que no era muy acertado llevarse un coche que no era suyo. Miró en derredor y observó el montículo, sí, era una gran idea, podría disfrutar de ese paradisíaco lugar solá con sus pensamientos, un regalo del cielo. Se quitó la camiseta larga y la dejó en el *jeep*.

Fue descalza hasta el montículo, subió por el lado del tocón y rogó al cielo un poco de paz y mejor aún, soledad. Necesitaba escucharse a sí misma, estar tranquila y sosegada.

Se sentó en el borde del hueco con los pies colgando, observó el agua tan cristalina y transparente, observando su propia sombra como si fuera la noche y el día en un metro cuadrado, empezó a respirar lenta pero profundamente cerrando los ojos echando la cabeza atrás, permitiendo que el sol iluminara su rostro y dijo en voz alta: «gracias, gracias, gracias». Se empezó a encontrar mejor, mucho mejor consigo misma. No quería pensar, solo dejarse llevar en esa nube de relajación hasta que una libélula de brillante color turquesa se quedó inmóvil frente a ella mirándola, apenas a un palmo de distancia que le provocó una sonrisa, deseó tocarla, acariciarla, aunque sabía que no sería posible y que en cualquier momento la libélula desaparecería fugazmente igual que apareció, sin embargo, se mantuvieron mirándose largos segundos como si hubieran conectado entre ambas y estuvieran compartiendo emociones, sensaciones o incluso pensamientos. Eva se mantuvo sin pestañear, fascinada por tener la oportunidad de contemplarla tanto tiempo, tan cerca y tan inmóvil, como si hubiese venido para estar ahí, concretamente ahí para su pleno disfrute y por un instante el resto del mundo se desvaneció, solo una libélula brillante y esplendorosa delante de sus ojos difuminando el universo con sus alas.

La libélula se introdujo en el interior de la caverna con un movimiento relámpago y zigzagueante; Eva no lo dudó un instante, se descolgó por el cabo y a mitad de distancia se dejó caer a las aguas color turquesa.

En esta ocasión sí que disfrutó de ese pequeño paraíso, solo para ella, pensó incluso en desnudarse y permitir que todo su cuerpo fuera acariciado por aquellas aguas cargadas de privilegios, extendió brazos y piernas y dejó que el agua jugueteara con ella bajo el haz solar que, cual foco, la iluminaba a través del hueco como si estuviera en un escenario.

Un largo rato más tarde, el grupo de excursionistas inició el regreso hacia los vehículos tras haber hecho una batida para asegurarse que no dejaban ningún desperdicio en la zona; mientras rodeaban el montículo, la recién casada preguntó si podría volver a darse un baño en la caverna, a lo que el guía le indicó que no había tiempo pues aún quedaban otras actividades y lugares por visitar en la hoja de ruta. Todos estuvieron de acuerdo, momento en que Lucas salió corriendo unos metros más adelante, soltó todos los bártulos que transportaba y se quedó mirando con absoluta incredulidad.

Faltaba uno de los *jeep*.

¿Cómo era posible que esa mujer se fuera sin esperar al resto del grupo? No tardaron en llegar las críticas provenientes de las señoras presentes quienes ahondaron en la reciente discusión de la pareja, lanzando acusadoras miradas al joven, quién a bien seguro por fin comprendió que su fugaz aventura había terminado.

Lucas no tuvo más remedio que suspender la ruta turística, trasladando el resto de lugares que visitar a los días posteriores, acallando así cualquier comentario sobre devoluciones. Explicó que debían ir cuanto antes tras la chica, pues corría peligro de perderse en la montaña o, peor aún, sufrir un accidente. A regañadientes todos accedieron, mientras Lucas y Diego cargaron uno de los *jeep* con los avíos acurrucándose delante la pareja feliz, en el otro se subieron Diego, el matrimonio con el niño y el «soltero».

Los *jeep* tomaron el camino de regreso con celeridad desapareciendo en contados segundos.